

Alan Wolfe

# La maldad política

Qué es y cómo combatirla



Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

Alan Wolfe

# La maldad política

## Qué es y cómo combatirla

Traducción de  
Ana Herrera

III Premio Internacional de Ensayo Josep Palau i Fabre

Galaxia Gutenberg
-------------------

<i>Círculo de Lectores</i>
----------------------------

---

¿Acaso no debemos advertir a las naciones victoriosas que hacen mal en contemplar su victoria como prueba de su virtud, si no quieren sumir al mundo en una nueva cadena de maldades mediante su afán de venganza, que no es más que la furia de su superioridad moral?

REINHOLD NIEBUHR (1948)

Parece que existe una curiosa tendencia norteamericana a buscar, en todo momento, un solo centro externo del mal al cual poder atribuir todos nuestros males, en lugar de reconocer que quizá haya múltiples fuentes de resistencia a nuestros propósitos y empresas, y que esas fuentes pueden ser relativamente independientes unas de otras.

GEORGE F. KENNAN (1985)

Una máxima para el siglo XXI podría ser para empezar no combatir el mal en nombre del bien, sino cuestionar las certezas de la gente que siempre asegura que sabe dónde se encuentran el bien y el mal.

TZVETAN TODOROV (2000)

---

## INTRODUCCIÓN

### La cuestión fundamental del siglo XXI

#### COLOCAR LA POLÍTICA EN PRIMER PLANO

Cuando la filósofa Hannah Arendt escribió en 1945 que «el problema del mal será la cuestión fundamental de la vida intelectual en la posguerra europea», pudo haber ampliado con toda facilidad su marco geográfico.<sup>1</sup> No hay problema más importante en el mundo entero hoy en día que la existencia del mal, y no hay tema alguno en el que se piense de una manera más confusa y al que se den unas respuestas más contraproducentes. La maldad nos amenaza de tal forma que los huracanes, el calentamiento global, las epidemias de gripe y los pánicos financieros, por terribles que sean, parecen pequeños en comparación. Presente a nuestro alrededor, la maldad exige todo nuestro esfuerzo para comprenderla, si queremos contenerla. En este libro ofrezco algunas reflexiones destinadas a ese fin.

El problema del mal es uno de nuestros acertijos intelectuales más antiguos. Se han escrito infinidad de libros intentando definir el mal, catalogar sus horrores, dar fe de su persistencia, explicar su atractivo y enfrentarse a sus consecuencias. El tema ha atraído a filósofos, poetas, artistas, teólogos, psicólogos, novelistas, compositores y médicos. Todas las lenguas importantes tienen un término para referirse al mal, y todas las religiones importantes (ya sean panteístas, dualistas o monoteístas) muestran preocupación por él. Los seres humanos quizá quieran ser buenos, pero han reconocido hace mucho tiempo que tienen que familia-

rizarse con la maldad. Como atañe tan de cerca al misterio de la naturaleza humana, el mal es un tema al que conviene acercarse con muchísima cautela. Afortunadamente, eso no ha sido obstáculo para que los mejores pensadores que ha conocido jamás el mundo se ocuparan de él.

Sin embargo, en el preciso momento en que empezamos a hacernos preguntas sobre la naturaleza del mal, empezamos también a comprender lo difícil que es responderlas. Solo en Occidente, dos de los teólogos más grandes de toda la tradición cristiana (san Agustín y santo Tomás de Aquino) dedicaron incontables páginas a explorar la existencia del mal y las formas que adopta, un trabajo que ya había adquirido forma gracias a anteriores filósofos precristianos como Platón y Aristóteles. Todos los estudiantes a los que se pide que lean *Macbeth* u *Otelo* se introducen en la complejidad del mal, igual que aquellos que analizan *El paraíso perdido* de Milton o el *Fausto* de Goethe. La fascinación por el problema del mal, según afirma la filósofa Susan Neiman, dominó los escritos de pensadores de la Ilustración como Rousseau, Kant y Voltaire, y encontró una expresión particularmente conmovedora en la filosofía posterior a la Ilustración de Friedrich Nietzsche.<sup>2</sup> Preocupaciones similares han influido también en escritores y líderes norteamericanos, apareciendo en los sermones de Jonathan Edwards, en los debates sobre la Constitución, en la obra de Herman Melville y en los discursos de Abraham Lincoln. Dostoyevski y Conrad están entre los grandes novelistas europeos que escribieron sobre el mal, de una forma sorprendentemente contemporánea. En los años cincuenta del siglo xx, las consideraciones sobre la maldad se encontraban en el núcleo central de pensadores tan reconocidos como Arendt, el teólogo Reinhold Niebuhr, y filósofos judíos como Emil Fackenheim, movido por el Holocausto a reflexionar sobre qué futuro podía tener Dios en mente para su pueblo elegido. Sabemos que el mal existe, pero no podemos estar seguros de lo que hace que la gente sea mala, o si se podrá reducir alguna vez su maldad.

Se podría empezar la discusión cerrando un poco el foco. El mal se suele analizar a menudo con excesiva abstracción. Si los teólogos nos dicen que el mal es lo que hacen los seres humanos en ausencia de Dios, se enfrentan a la difícil tarea de definir cuál es la esencia de Dios, interpretar sus palabras y decidir cuál de las muchas deidades disponibles es la autorizada. Los filósofos que consideran el mal como una alteración en el orden natural del universo tendrán que definir la naturaleza del universo, por no mencionar el concepto de orden. Los neurocientíficos contemporáneos, que ven el mal como el producto de un defecto en el cableado de nuestro cerebro, no siempre saben qué está ocurriendo en nuestra mente. Hay ocasiones y lugares en que las aproximaciones al mal de la teología o la metafísica son apropiadas, pero también hay veces en que pueden entorpecer nuestro camino e impedirnos saber qué hacer cuando nos enfrentamos a terroristas que estrellan aviones contra edificios, o a los que imponen la solidaridad étnica y violan y matan a aquellos cuya tierra codician.

Lo más importante que debemos hacer para aceptar los horrores a los que nos enfrentamos es dejar de hablar del mal en general y concentrarnos, por el contrario, en la maldad política en particular. La maldad política hace referencia a la muerte, destrucción y sufrimiento intencionados, malévolos y gratuitos infligidos a personas inocentes por los líderes de movimientos y Estados en sus esfuerzos estratégicos por conseguir objetivos realizables. Más tarde volveré a esta definición más detenidamente; distinguiré entre maldad política cotidiana y radical, examinaré las formas específicas que puede adoptar la maldad política y comentaré las mejores formas de responder a cada una de ellas. Pero por ahora solo quiero insistir en que aunque la maldad política causa enormes daños y ataca directamente nuestro sentido moral, no tenemos por qué sentirnos indefensos ante ella. Es muy poco probable que borremos por completo el mal de la faz de la tierra. Pero si conseguimos pensar mejor y actuar más

estratégicamente, podemos reducir de una manera significativa la cantidad de maldad política que nos amenaza.

Bajar del cielo el problema de la maldad y traerlo al mundo de la política nos ofrece ventajas que hacen mucho más inteligibles las atrocidades a las que nos enfrentamos en el mundo en la actualidad. Una de esas ventajas es que podemos hacernos otro tipo de preguntas. La política no es filosofía, ni tampoco teología ni neurociencia. Los que planean y ejecutan la maldad política tienen sin duda malevolencia en sus corazones, o sus cerebros funcionan de una manera errónea. Pero no es su interior lo que debe preocuparnos, sino sus actos. Si están carcomidos por el odio y la envidia, si son ejemplos de una naturaleza humana depravada, si han visto su desarrollo atrofiado porque de niños sufrieron abusos, si son psicóticos o sociópatas que no permiten que aparezca ningún salvador en sus vidas, si sufren delirios de grandeza, son obsesivo-compulsivos y tienen desórdenes de personalidad, si son producto de una herencia genética lastimosa o dependen mucho de sus medicamentos para pasar el día es algo de escaso interés para nosotros. Que hablen con sus terapeutas, que establezcan pactos con Mefistófeles, que nos manden cintas de vídeo explicando sus actos o busquen redención para los horrores que provocaron: nosotros tenemos poco que decir en su lucha contra sus demonios. Podemos identificar su depravación, pero es su astucia lo que debe preocuparnos. No tenemos que reformarlos, estigmatizarlos o mostrarles el camino de la salvación. Lo que tenemos que hacer es detenerlos, y para hacerlo debemos concentrarnos en las causas políticas que atraen a sus seguidores. Los actos son más fáciles de cambiar que las personas.

Al centrarnos en la maldad política, además, veremos que el mal y la política forman una mezcla especialmente tóxica. Organizados en movimientos o Estados, y motivados por una causa que les apasiona y les ofrece objetivos, los responsables de la maldad política son capaces de llevar a la práctica la violencia hasta niveles que sobrepasan de lejos los que podría

realizar cualquier individuo en solitario. Los individuos malvados que no tienen un Estado o un movimiento detrás de ellos solo pueden derramar un poco de sangre. Aquellos que consiguen dirigir las fuentes de ingresos del Estado y controlan el monopolio de la violencia son capaces de hacer que esa sangre fluya en unas cantidades demasiado copiosas para poder ser medidas. Una de las razones de que la maldad política se halle tan omnipresente es que los Estados son muy parecidos. Incluso los dictadores que gobiernan Estados pobres o de escasa importancia estratégica (como la Camboya de Pol Pot, o el Sudán de Omar al-Bashir) pueden causar un sufrimiento inimaginable. A causa del crecimiento de los Estados modernos, la maldad política se ha democratizado, hasta cierto punto... y de la manera más espantosa. A medida que ha ido en aumento la potencia de los medios de destrucción, ha aumentado también el número de líderes con acceso a ellos.

Paradójicamente, sin embargo, el propio control sobre un movimiento o Estado que maximiza el poder a disposición de esos líderes atempera también su extremismo. Para bien o para mal, los autores de actos de maldad política se han puesto a prueba; se han alzado entre las filas de una organización y han asumido una posición de control dentro de la misma. Casi nunca han sido elegidos para su cargo –y aunque lo hayan sido generalmente se inclinan a suspender las elecciones–, y pueden ser tan duros con sus seguidores como con sus enemigos. Sin embargo, aunque son radicales en la elección de medios, los líderes políticamente malvados a menudo los aplican de una manera conservadora. Después de pasar años creando un movimiento o asumiendo una posición de poder, se muestran reacios a volverse demasiado despiadados por temor a destruir lo que han construido tan pacientemente. Estos líderes malvados matan a otros, e incluso, mediante el terrorismo suicida, animan a algunos de sus seguidores a matarse entre sí. Pero como líderes «políticos» son cualquier cosa menos suicidas. Sirven a una causa, y el apoyo a esa causa, así como la organización que la en-

carna, vencen a todo lo demás. Es inevitable, por tanto, que las armas organizativas se usen con mucha precaución. Al Qaeda pasó cinco años planificando su atentado terrorista contra las embajadas de Estados Unidos en África, dos desarrollando su atentado al *USS Cole* y unos siete preparando el 11 de septiembre.<sup>3</sup> Aunque es posible que el éxito de la administración Obama al matar a Osama Bin Laden en 2011 haya mermado la capacidad de Al Qaeda, los atentados que pueda estar planeando el grupo o alguna de sus ramas, si nos basamos en su historial anterior, no serán precipitados. Uno no debe meterse en política a menos que tenga una causa y un futuro. En cuanto la visión de un grupo se orienta hacia el futuro, su conducta en el presente se limita. Si la política que implica la maldad política nos hace temblar, también nos da esperanza.

Cuando nos enfrentamos a la maldad política, nos encontramos mucho más cómodos respondiendo a la «política» que a la «maldad». La política no nos pide que erradiquemos el mal de los oscuros corazones de hombres y mujeres. Nos exige que, cuando nos enfrentemos a tácticas que amenazan nuestra forma de vida persiguiendo unos objetivos políticos, hagamos al menos el esfuerzo de entender por qué, ya de entrada, se han elegido esos objetivos. Combatir el mal con mal contamina, pero combatir la política con política, no. Confundimos ambas cosas con gran riesgo para nosotros. Habrá situaciones en que concluyamos que los métodos usados contra nosotros son tan malvados que no hay nada que discutir con quienes los emplean. Pero precisamente, por ser tan malvados, podríamos decidir también que debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para ponerles fin, aunque hacerlo signifique llegar a un compromiso político con personas a las que con toda la razón despreciamos. La maldad política nos da a elegir. Seríamos idiotas, y no tan virtuosos moralmente como queremos parecer con toda nuestra autocomplacencia, si nos negáramos a hacerlo.

Al concentrarme en la maldad política y no en el mal en general, este libro, a pesar de su tema, no será pesimista. Es cierto que vivimos en una época en que todo el mundo puede tener acceso a los medios de la maldad política. Pero eso no significa que debamos acostumbrarnos a un estatus de posibles víctimas que en cualquier momento pueden verse sometidas a los peores horrores de la historia. Que alguien emplee el terror no significa que todo el mundo tenga que estar aterrorizado. Por cada persona que ha intervenido en un genocidio existen muchos activistas, abogados, jueces y trabajadores humanitarios con experiencia real para acabar con este. Ni siquiera los jefes de Estado más odiados, que disponen de armas de destrucción masiva, quieren arriesgarse necesariamente a destruir a su propio pueblo usándolas de verdad. Somos conscientes de la ubicuidad de la maldad política porque hemos aprendido que los Estados tienen formas mejores de manejar sus asuntos, que no sea oprimiendo a su propio pueblo o devorando a sus vecinos. No debemos dudar nunca de lo horrible de la maldad política, pero tampoco de nuestra inteligencia, tanto de la que nos permite ver claramente lo que tenemos enfrente como de la que ayuda a los gobiernos a adoptar las mejores estrategias de seguridad nacional para responder a los ataques que sufren.

En resumen, aunque es un problema de la máxima gravedad, la maldad política no es un dilema que no tenga solución. Cuando aparece en el mundo un nuevo ejemplo de maldad política, lo último que deberíamos hacer es llevarnos las manos a la cabeza con desesperación teológica, filosófica o literaria. La indefensión no hace otra cosa que favorecer el odio. El problema de la maldad política debe hacer que nuestra mente se centre, y no que se nos nuble el juicio. La política siempre tiene lugar en este mundo, y es en este mundo donde estamos obligados a permanecer, si queremos combatir la maldad política con algo de éxito. Es importante volver a los grandes textos clásicos de la tradición occidental para comprender la malevolencia humana en su peor

aspecto. Pero también debemos pensar políticamente en las elecciones a las que nos enfrentamos, si queremos crear un mundo con algo menos de maldad que el que nos rodea. Si lo hacemos quizá no produzcamos un mundo perfecto, pero ya será un logro notable.

### UN PRODUCTO TOTALMENTE HUMANO

No se puede dudar de la ubicuidad de la maldad política. A estas alturas ya sabemos lo descomunales que fueron los niveles de mortalidad asociados con el régimen más malvado del siglo xx. A medida que van muriendo los últimos supervivientes de los *lagers* nazis y de los gulags estalinistas, y se escribe la historia definitiva de esa época y de esos regímenes, la enormidad de lo que ocurrió todavía nos conmueve. Existen, desde luego, testimonios de escritores como Elie Wiesel, Alexander Solzhenitsin y Primo Levi, que experimentaron de lleno esos horrores y consiguieron contar su relato. Pero eso solo significa que cuando la maldad política golpea todavía hoy (ya sea en África, en Oriente Medio, en Asia o nuevamente en Europa) puede que no haya tantos muertos, pero la mancha en nuestra conciencia es peor. Todos el mundo sabe que los fabricantes de coches copian los modelos del año anterior. Y también que los líderes malvados replican los horrores del ayer.

La muerte no es la única forma que la maldad política tiene de manifestarse. Existe maldad política cuando los terroristas propagan el miedo entre los que sobreviven a sus atentados; cuando tropas motivadas por el odio étnico ordenan la expulsión forzosa de sus hogares de la gente, o incluso de su país; cuando se usa la tortura para extraer información o inducir a la confesión; cuando los líderes de regímenes autocráticos contratan a matones para intimidar a sus posibles oponentes; cuando las mujeres son violadas y los niños arrebatados a sus padres; cuando se construyen campos

para confinar a inocentes, y el crimen organizado impone el silencio a los que se oponen a ellos o los investigan. No pasa un solo día sin que los medios de comunicación de masas difundan noticias de crueldades que serían inimaginables, de no estar tan extendidas.

Las víctimas inmediatas de la maldad política son las que sufren un ataque directo: mujeres lapidadas hasta la muerte por presunto adulterio, aldeanos que se interponen en el camino de milicias fanáticas organizadas para matarles porque pertenecen a la tribu equivocada; jóvenes ejecutados sistemáticamente y enterrados en fosas comunes antes de llegar a la edad en que podrían defender su tierra natal de esos ataques, manifestantes que protestan en las calles y mueren simplemente por reivindicar sus derechos, familias que van a hacer turismo en la costa y se cruzan en la línea de fuego de los terroristas, viandantes inocentes atrapados en una celosa búsqueda de posibles sospechosos, que luego deben soportar torturas o extradición... Los retratos de la maldad política que hoy en día tenemos a nuestro alrededor no han conseguido hasta el momento el estatus de los clásicos literarios que surgieron del Holocausto y el Gulag. Pero ahora tenemos teléfonos móviles y Facebook, Twitter y otras formas de redes sociales para atraer la atención del mundo hacia aquellos que están directamente en el punto de mira. El clamor de las víctimas de la maldad política nos alcanza. Aunque no seamos capaces de imaginar el dolor que sufren, no podemos dejar de ser conscientes del dolor que están sufriendo.

Al mismo tiempo, la maldad política tiene como objetivo a todo el mundo, no a los elegidos para sufrir un daño inmediato. Y esto en el sentido más literal posible: actualmente poseen armas nucleares Estados que o bien son incapaces de contener las furias sectarias en su seno, o bien están comprometidos en guerras santas en el exterior. Por escalofrantes que pudieran ser los enfrentamientos que hubo durante la guerra fría, tanto los líderes de Estados Unidos como de la

Unión Soviética consiguieron evitar arrojar su arsenal nuclear los unos a los otros. Mirada retrospectivamente, la era de la destrucción mutua asegurada nos parece sorprendentemente estable. Regímenes con el poder de matar a millones contaban con líderes que, por el motivo que fuera, optaron por no utilizarlo.

Hoy en día no tenemos asegurada esa confianza. Pakistán, uno de los sistemas políticos más inestables del mundo, no solo posee armas nucleares, sino que ha permitido que su Servicio de Inteligencia mantenga relaciones con los talibanes, todo ello para protegerse de su rival, la India, un Estado que también cuenta con armas nucleares propias. Además, la posible relación entre la maldad política y las armas nucleares no se limita solo al sur de Asia. En verano de 2009, Irán, un país que está en vías de conseguir capacidad nuclear, reeligió a un presidente que niega el Holocausto y que está decidido a la destrucción de Israel, y lo hizo de una manera manifiestamente ilegal, requiriendo la supresión de las voces que disientían en las propias calles y en la universidad. Si nos desplazamos a otro lugar de la tierra, el impenetrable régimen de Corea del Norte, totalmente indiferente a las amenazas de sanciones de las Naciones Unidas, se embarca en unas pruebas nucleares como para recordar al mundo que, si quisiera, podría dominar toda la península de Corea, cosa que no consiguió hace medio siglo por medios convencionales. En el siglo xx, costó años construir los campos de la muerte para que pudieran llevar a cabo su misión. En la actualidad, los regímenes malvados en posesión de armas nucleares podrían alcanzar vastos niveles de muerte y destrucción en un instante.

La maldad política es perjudicial también en sentido figurado. Cuando se funden los casquetes polares o cuando la sequía causa enormes hambrunas en las regiones más pobres del planeta, sentimos que deberíamos haber dado algún paso para evitar esas catástrofes, pero los nexos causales son complicados y todavía tienen que ser analizados, y los

resultados prometidos quedan lejos. Es evidente que podemos hacer alguna cosa, como comprar coches híbridos, bajar los termostatos y ofrecernos voluntarios para hacer buenas obras en el extranjero, y que eso sin duda ayudará a modificar la gravedad de los daños. Pero también hay que reconocer que, aunque tengamos algo de control sobre la naturaleza, esta tiene otras formas de salirse con la suya. Cuando eso sucede, nuestra responsabilidad termina. Y con esto no quiero negar realidades como el cambio climático, las sequías, el sida, la malnutrición y la sanidad inadecuada, que se hallan entre los problemas más graves que el mundo tiene que resolver y que requieren de una intervención humana masiva para poder ser corregidos. Pero todos estos problemas se encararán mucho mejor apelando a los poderes de la invención y la tecnología, en lugar de discutir las cuestiones fundamentales que han intrigado a teólogos y filósofos morales a lo largo de los siglos.

La cuestión de la maldad política es totalmente distinta. Producto completamente humano, la maldad política destruye las prácticas e instituciones con las que nos protegemos de las cosas malas que son capaces de hacer algunos de nuestros congéneres. Cuando la maldad política aparece en el mundo sabemos, aunque no siempre lo reconozcamos, que en esencia algo ha ido mal en la condición humana. Quizá nos hayamos persuadido de que en nuestra época es posible la paz, pero cuando hay grupos étnicos que quieren destruirse unos a otros, la convicción de que la gente es capaz de encontrar formas de resolver sus diferencias pacíficamente se ve desmentida de la manera más cruel. Confortados por la capacidad de los creyentes de las distintas religiones occidentales de encontrar formas de vivir juntos, nos vemos obligados a replantearnos de nuevo todo lo que pensábamos de Dios y de sus planes cuando vemos que se recurre al terror en su nombre. Queremos que la vida sea lo más normal posible, pero cuando otros Estados niegan el derecho a existir al nuestro, y luego emprenden acciones para destruir-

lo, no podemos hacer otra cosa que aceptar la inevitabilidad de esa anormalidad. Un huracán devasta una ciudad y la gente corre a prestar ayuda. Los terroristas llevan a cabo su sucio trabajo y nos quedamos, al menos al principio, paralizados. Es mucho más fácil comprender la naturaleza que perdonar a nuestros compañeros humanos.

La maldad política ataca al cuerpo, y mata el alma. La brutalidad destruye la fe en la humanidad, del mismo modo que la sed de sangre socava la creencia en la razón. La simple existencia de la maldad política significa que no estamos a la altura de la promesa que nos hemos hecho a nosotros mismos. La maldad política hace estragos entre sus víctimas inmediatas arrebatándoles la vida o destruyendo su dignidad. Pero también apunta a sus víctimas más remotas (es decir, al resto de nosotros) haciéndonos dudar de nuestra convicción de que entre las fronteras nacionales y culturales existan unos principios morales aceptados que se pueden dar por sentados. La maldad política nunca pone el piloto automático. Adopte la forma que adopte, la cuestión de quién es responsable nunca puede dejar de plantearse. La existencia de la maldad política nos obliga a pensar quiénes somos y cuál será nuestro legado para las generaciones futuras.

Aunque es crucial enfrentarse de una manera efectiva a la maldad política, a menudo lo hacemos de maneras confusas, si no contradictorias. Abrumados por los horrores que se asociaron en tiempos con el totalitarismo, comparamos inapropiadamente los acontecimientos de nuestro tiempo con el periodo nazi y el estalinista. O bien exageramos la capacidad humana del mal, encontrándolo agazapado en todo el mundo, o bien hacemos más difícil controlarlo, otorgando a los malvados una capacidad casi sobrenatural de salirse con la suya. Intentamos resolver los problemas políticos confiando en instintos humanitarios... y viceversa. Exigimos el objetivo imposible de terminar con el mal, en lugar del objetivo más alcanzable de contenerlo. Buscamos

solaz o explicación volviéndonos hacia un Dios que, si existe y es todopoderoso, debió de haber deseado ya desde el principio que el mal existiese. Culpamos a la malévola naturaleza humana cuando hay tantas personas intentando evitar el mal como permitiendo que continúe. Nos convenimos de que el mal es contagioso (aunque es cierto que también tiene su atractivo) y de que, una vez que se manifiesta en un lugar, inevitablemente se extenderá por todas partes; sin embargo, lejos de ser universal, el mal casi siempre muestra su rostro en situaciones locales. Y lo más importante: nunca estamos seguros del todo de si hemos ganado una campaña contra la maldad política o hemos sido derrotados en nuestros esfuerzos, preparando el camino para más males en el futuro.

En resumen, encontrar formas mejores de responder a la maldad política supone mucho más que mejorar la seguridad en los aeropuertos o reclutar a mejores informadores; también requiere ciertos conocimientos de filosofía política y experiencia en sabiduría política. Es esta carencia de reflexión seria sobre la naturaleza de la maldad política lo que explica por qué a menudo los gobiernos occidentales, lejos de tenerla bajo control, permiten que se extienda. Eso sucede cuando, decididos a adoptar la postura más dura posible contra los malvados, esos mismos gobiernos se embarcan en actos malvados, bien sea recurriendo a la tortura, suspendiendo las garantías legales básicas o haciendo la vista gorda mientras otros torturan por ellos. Pero son igual de torpes cuando declaran guerras contra el terrorismo, como medio de contener a los terroristas, o se niegan a negociar con líderes que en realidad adquieren mayor relieve más cuanto más aislados se encuentran. A menudo, cegados por la rabia que produce, los líderes responden al mal mediante la inacción o con una reacción excesiva. Ante la maldad política, algunos países consiguen desarrollar unos enfoques políticos mejores que otros. Pero ninguno de ellos ha encontrado la combinación adecuada de indignación moral y sabiduría prácti-

ca. Y los dos países más amenazados por la maldad política en el mundo moderno (Estados Unidos e Israel) se han mostrado especialmente deplorables a la hora de comprender las causas políticas, y por tanto han sido incapaces de combatirla con éxito. Los que cometen maldades políticas no son tan diabólicos como para poder anticipar si las respuestas a sus actos serán contraproducentes o no. Han aprendido que, con pocas excepciones, la consternación y la histeria que desatan aumentan sus oportunidades de incurrir una vez más en la maldad política.

Si no encontramos una forma de pensar más claramente en la maldad política, y seguimos respondiendo a ella de una manera tan poco eficiente, el mundo que habitamos tendrá un aspecto muy distinto de aquel al que estamos acostumbrados. No es solo que nos enfrentemos a nuevas campañas de exterminio y violencia de inspiración religiosa; esas cosas forman parte desde hace mucho tiempo de la condición humana. La maldad política no es un problema grave cuando la gente ya no espera nada. Cuando casi nadie es libre, la esclavitud parece menos criminal. Cuando se da por hecho que los líderes oprimirán a su pueblo, la existencia de la tiranía no destroza la confianza en la humanidad. Cuando todos los Estados son Estados agresores, ninguno de ellos es peor que los demás. Solo cuando hemos tenido un atisbo de lo que significa esperar un mundo mejor, la maldad política de este mundo nos conmociona.

El reconocimiento de la maldad política sirve como recordatorio de que no tenemos por qué ser gobernados por ella. La mayoría de la gente intenta honrar el código moral de su religión, vivir en paz con sus vecinos, aprender a respetar y tolerar a aquellos con quienes no está de acuerdo, y no apremiar a sus líderes para que se venguen de sus enemigos. Debido a ello, el hecho de que otros no lo hagan, y que por el contrario rompan toda restricción moral y participen activamente en los actos más crueles, resulta mucho más alarmante y menos aceptable. En la cuestión de la maldad

política está en juego no solo si podemos poner fin a la muerte y a la destrucción que esta inflige, por muy importante que sea intentarlo; también pesa en la balanza la cuestión de si somos seres decididos y capaces de crear un mundo más justo y humano, o si por el contrario somos criaturas subhumanas enfangadas en una lucha interminable por la supervivencia, en la que el que tiene todas las de ganar es el más despiadado. Si la maldad política no es el tema fundamental del siglo XXI, no sé cuál podría ser.

### CORAZÓN CALIENTE, OJOS CLAROS

Del hecho de concentrarse en la maldad política en particular, en lugar de en el mal en general, surgen dos enfoques en cierta medida contradictorios. El primero atrae la atención hacia los peligros de la empatía mal entendida. El mal, la más abyecta de las motivaciones humanas, toca unas fibras muy sensibles en lo más profundo de aquellos a los que mueve el sentido de la compasión. Al enterarse de un genocidio en tierras lejanas, o presenciar el sufrimiento de víctimas inocentes, la gente con fuertes instintos humanitarios se identifica con esas víctimas y, en el caso de los que son políticamente más activos, quieren movilizar campañas a su favor. Cuando la gente se está muriendo, esos activistas encuentran impropio analizar definiciones, o discutir por las categorías o las analogías históricas apropiadas. Los intelectuales que buscan tres pies al gato parecen horriblemente inadecuados cuando los asesinos andan abriendo cabezas. Ya hemos visto triunfar el mal antes, les dice su sentido de la empatía, y debemos estar atentos para no permitir su victoria una vez más. Nuestros corazones se conmueven antes de que nuestros cerebros se pongan a pensar.

Tal empatía instintiva, a pesar de su origen humanitario, no basta, por desgracia, cuando tratamos con casos de auténtica maldad política. La maldad política es muy especial

y adopta muchas formas distintas. Combatirla exige lo que normalmente se descarta para responder con compasión al mal en general: establecer comparaciones, pensar de una manera crítica, cuestionar las suposiciones. Debemos ir con mucho cuidado antes de poder ser efectivos, evaluar cada caso de maldad política según sus propios términos y evitar agruparlos todos como si lo aprendido en un caso pudiera aplicarse automáticamente a los demás. Como Ruanda y Darfur están en África y han presenciado una violencia horrible, nos sentimos inclinados a ver lo que ha ocurrido en el último caso como una repetición de lo que sucedió en el primero; sin embargo, la situación en Ruanda resultó ser un ejemplo claro de genocidio, y en cambio el conflicto de Darfur vino de los esfuerzos por derrotar una insurgencia, y la diferencia es importante. Quizá no parezca especialmente sensible a los israelíes víctimas del terror desatado por Hamás y Hezbolá señalar que cada uno tiene sus motivos para existir, o incluso suscitar la pregunta de si las acciones de los líderes de Israel en el pasado y en el presente no habrán contribuido al terror al que se enfrentan sus ciudadanos, pero estas son preguntas que deben hacerse, si se quiere que algún día Israel viva sin terror. El mismo riesgo de parecer indiferente se da si concluimos que las campañas lanzadas por los serbios contra los otros grupos étnicos, con los que compartían la federación yugoslava, se vieron igualadas en su fea premeditación por las víctimas de la agresión serbia, con quienes es más probable que nos identifiquemos, pero en realidad ninguna facción de la antigua Yugoslavia era inocente de la acusación de maldad política. ¿A quién le importa que genocidio y limpieza étnica no sean lo mismo? ¿Por qué va a importar que los temas morales y estratégicos suscitados por el terrorismo suicida sean muy distintos de los que presenta el terrorismo en el que los perpetradores salen indemnes? Si alguien te dispara, ¿importa de verdad que sea un estudiante alienado de un instituto, ajeno al mundo que le rodea, o un creyente religioso movido por una

orden divina? Formular preguntas después de actos satánicos parece no solo poco religioso, sino hasta cierto punto blasfemo.

Aun así, debemos plantear preguntas y establecer distinciones si queremos comprender y combatir la maldad política. Aunque pueda parecer (y espero que no sea así) pedante e insensible aclarar conceptos y hacer comparaciones después de que sucedan horrores, tenemos que saber a qué nos enfrentamos en cualquier momento, pero sobre todo cuando nos referimos a acciones que sacuden la conciencia moral. No hacemos ningún favor a la compasión al ofrecer empatía y retirar el análisis constructivo con vistas al futuro. La mejor forma de ayudar a las víctimas de la maldad política es comprender por qué se han convertido en víctimas. No deberíamos perder la cabeza solo porque haya personas que pierden la vida.

En segundo lugar, cuando hablamos del mal en general, frecuentemente cometemos el error de pensar que es algo que trasciende a la vida, como si quienes cometen asesinatos en masa, precisamente porque cometen los peores actos humanos, pudieran verse motivados por una causa igual a la enormidad de sus acciones. El siglo XX fue ideológico, y por tanto no resulta sorprendente que, dependiendo de la visión política del observador, en el periodo subsiguiente exista la tendencia generalizada a invocar movimientos a gran escala, llámense fascismo, comunismo, colonialismo, islam radical, sionismo o terror global, como explicación para la persistencia de la maldad política. Tratar el mal como parte de una visión más amplia del mundo parece prepararnos para una lucha larga y dura contra este. En general, se cree que aquellos que caen tan bajo como para imponer el terror sobre inocentes o matar por odio racial, religioso o étnico, deben de estar tan ciegos por su compromiso fanático a una causa que atribuir sus actos a condiciones específicas equivale casi a justificar lo que hacen. El final de la guerra fría, su forma de pensar, no ha traído consigo el

final de los sueños grandilocuentes. Lo que presenciamos son los frecuentes choques de civilizaciones en los cuales la violencia desplegada a favor de una forma de vida conduce a colisiones fatales con otras.<sup>4</sup>

Esa tendencia a encontrar motivos más generales para la maldad política también es una tentación que sería mejor evitar. Puede que el mal en general ande flotando por ahí, pero la maldad política ocurre a ras de tierra (a menudo, en los trozos de tierra más específicos y disputados) y comprenderla y combatirla requiere prestar atención a causas y preocupaciones locales. El tirano Sadam Husein quizá tuviera inclinaciones fascistas, pero era un baazista iraquí, no un nazi. El comunismo fue uno de los grandes dioses fracasados de nuestro tiempo, pero no fue el causante de la limpieza étnica de la antigua Yugoslavia; lo que la causó fue la decisión de los líderes de las naciones independientes no comunistas de redibujar sus fronteras para incluir a más gente como ellos. Los conflictos tribales que se intensificaron en toda África se vieron exacerbados por las divisiones artificiales impuestas por los occidentales a sus antiguas colonias, pero esos conflictos también tienen raíces indígenas. Hezbolá y Hamás se niegan a renunciar al terror, pero su militancia tiene poco que ver con algo llamado islam radical, y mucho que ver con la política inmediata de Oriente Medio, igual que la decisión de Israel de fortalecer su seguridad se ve motivada por consideraciones de construcción de su Estado, y no forma parte de ningún intento sionista de controlar el mundo. La época contemporánea contiene una buena cuota de enfrentamientos, pero no todos ellos son de civilizaciones. Debemos enfrentarnos a la maldad política allí donde más importa, que es donde tiene su hogar. Las ideologías no matan a las personas, pero los líderes políticos locales sí.

Nada de esto debería conducir a la conclusión de que la lucha contra la maldad política debe despojarse de pasión moral. Yo soy el primero que me maravillo ante esas personas humanitarias que han hecho de la protección y el avance

de los derechos humanos la causa fundamental de su vida. La dedicación que han mostrado los trabajadores humanitarios que han abandonado las comodidades de la vida occidental para enterrar a los muertos y salvar a los heridos es algo que está más allá de mis capacidades, mucho más modestas. Puedo identificarme fácilmente con todos aquellos que se han sentido horrorizados con los crímenes que Sadam Husein cometió contra su propio pueblo. En cuanto la realidad de la maldad política te atrapa, ya no te suelta. Oyes hablar de la experiencia de gente inocente en tal o cual punto conflictivo, y quieres hacer todo lo que está en tu mano para castigar a los responsables, de modo que otros líderes malvados no lleven a cabo atrocidades similares.

Aun así, creo que hay algo equivocado en la forma que tenemos de comprender y combatir los males políticos de nuestro tiempo. Estoy entre los norteamericanos que llegaron a la madurez política al mismo tiempo que mi país decidía declarar una guerra en Vietnam sin motivo válido alguno, y de una forma que costó innumerables vidas. Como otros muchos de mi generación, reaccioné con tanta intensidad contra el mal uso de las tropas de Estados Unidos en el extranjero que no puedo imaginar ninguna circunstancia que justifique la intervención norteamericana en los asuntos de otros pueblos. Más tarde me di cuenta de que eso era un grave error: el hecho de que se usaran mal las fuerzas norteamericanas en Vietnam no significa que no deban usarse en absoluto. Finalmente, consternado por el izquierdismo ingenuo que vi a mi alrededor, dimití del consejo editorial de *The Nation*, una revista que según mi punto de vista estaba publicando unos ataques demasiado simplistas contra el papel de Estados Unidos en el mundo, y empecé a escribir para su publicación rival, *The New Republic*, conocida por sus posiciones mucho más duras en política exterior y su disposición a defender el uso de la potencia norteamericana para promover la libertad y la democracia. Como crítico de lo que en la Nueva Izquierda llamábamos en tiempos «libe-

ralismo de la guerra fría», yo me había convertido, a mi vez, también en una especie de liberal de la posguerra fría. Me complacía especialmente que la revista con la cual me identificaba publicase a intelectuales que afirmaban que nuestra responsabilidad era no permitir nunca que los males asociados con el totalitarismo quedasen sin réplica. Me parecían los pensadores con más seriedad moral de nuestra época.

Escribí este libro porque empecé a cambiar de opinión (dicen que cambiar de opinión es de sabios, y yo estoy dispuesto a seguir siempre la senda de la sabiduría) y ya no me parece conveniente emitir juicios precipitados sobre la maldad política y asumir que la dependencia del poder militar es la mejor manera de combatirlo. No es que encuentre atractivo de nuevo el aislacionismo nacido del temor al poder norteamericano que tanto auge cobró en los años posteriores a Vietnam. Tampoco creo que me vaya a convertir en un pragmático insensible que crea que la moralidad no debe representar papel alguno en las decisiones de política exterior. Los horrores de masas revelados por el genocidio, la limpieza étnica y el terrorismo me llevaron a apartar mi atención de la monotonía de las elecciones y la política nacional y dirigirla a cuestiones de filosofía moral y teología política. Sigo prefiriendo las ideas de los intelectuales que se ven a sí mismos como herederos del anticomunismo liberal de los primeros años de la guerra fría a las de aquellos que culpan a Estados Unidos de todos los problemas mundiales que atraen su atención.

Sin embargo, en años recientes me ha quedado más claro que a menudo existe una línea muy fina entre la seriedad moral y las poses morales. Aquellos de mi lado del espectro político que hicieron verdaderos malabarismos para apoyar la invasión de Irak por parte de la administración Bush deberían haber pensado más y mejor en las implicaciones inmorales de la guerra preventiva. Cuando oigo hablar de una nueva conspiración islámica destinada a apoderarse del mundo, que tiene una sorprendente semejanza con la ame-

naza nazi de mediados del siglo XX, me echo a temblar por lo terriblemente inadecuado de la comparación entre fe y fanatismo. Los filósofos políticos a los que admiro y que escriben sobre guerras injustas, y que sin embargo también parecen creer que las guerras emprendidas por países con los que ellos se identifican, invariablemente, son defendibles, me parece que han perdido toda su capacidad analítica. Seguramente hará falta alguna vez la decisión de invadir otro país para liberar a sus ciudadanos de la opresión que ejercen sobre ellos sus propios líderes. Pero cuando cada caso de violencia exterior se considera un ejemplo de genocidio, pidiendo el despliegue de tropas de Estados Unidos, es que algo ha ido muy mal tanto en el análisis como en la recomendación. Los liberales de la guerra fría que acababa de descubrir me atraían por su voluntad de enfrentarse valientemente a complacencias y tópicos. Ahora encuentro que muchos de ellos (sus nombres irán apareciendo a medida que avance mi argumentación) son muy formales y convencionales. Como ellos, sigo creyendo que en Occidente tenemos la contundente obligación moral de acudir en defensa de aquellos que son víctimas del mal, vivan donde vivan. La pregunta más importante no es si deberíamos hacerlo, sino cómo podemos hacerlo de manera efectiva. No tiene sentido adoptar poses. La experiencia no cuenta, a menos que aprendamos de ella.

Aunque debemos continuar considerando el problema de la maldad política como eje central de nuestras preocupaciones, también debemos estar dispuestos a abarcarlo en toda su complejidad. En ninguna parte beneficia a las víctimas de la maldad política que, ansiosos por ir en su ayuda, no logremos entender con toda precisión qué es lo que ha conducido a su sufrimiento y que, por tanto, intentemos ayudarles de una forma errónea y no productiva. En casi todos los casos de maldad política que hemos contemplado en el mundo contemporáneo, los buenos no siempre son buenos, los motivos de los malos puede que no sean los que nosotros cree-

mos (o ellos afirman), y si no se comprenden los motivos de ambos, se pueden tomar decisiones que no hagan más que provocar mayores sufrimientos. Por tanto, solo podemos permitirnos ser bondadosos si tenemos también los ojos despejados. El riesgo de tratar la maldad política con falta de pasión es el de parecer que uno no se está tomando el mal seriamente. Pero si convertimos el mal en el centro de todo lo que hacemos, dejamos espacio para que la maldad política crezca. Las paradojas y complejidades no desaparecen solo porque nuestras intenciones sean buenas. Debemos ser lo suficientemente liberales e idealistas para identificar la maldad política y hacer todo lo que esté en nuestro poder para limitar su alcance. Y debemos también ser lo bastante conservadores y realistas para reconocer que hacerlo no será nunca sencillo, y que fácilmente puede salir mal.

Aunque en este libro criticaré algunas de las campañas más histéricas contra el genocidio, y aunque me distanciaré de ese pensamiento apocalíptico que denuncia el terrorismo, espero que mis lectores comprendan que respeto a todo aquel cuya prioridad sea luchar contra la maldad política. Si no hubiera sentido con tanta intensidad como ellos que debemos responder cuando la maldad política levanta la cabeza, no habría emprendido la tarea de intentar demostrar por qué creo que están intentando hacer algo correcto de una manera incorrecta. Algunas formas de pensar en la maldad política ayudan más que otras. Algunas formas de combatir la maldad política funcionan mejor que otras. Si vamos a hacer lo que podamos para limitar las consecuencias de la maldad política, no podemos confiar en analogías históricas pobres, en especulaciones psicológicas de aficionados, en desacreditadas apologías teológicas, en simplificaciones políticas, rígidas categorizaciones ideológicas y cansinos tópicos morales. Debemos a las víctimas de la maldad política algo más que nuestra compasión. Al bajar nuestras miras, podemos elevar sus esperanzas.

Un jurado compuesto por Tzvetan Todorov, Wolf Lepenies, Enrique Vila-Matas, Jordi Llovet y Tomàs Nofre concedió a esta obra el III Premio Internacional de Ensayo Josep Palau i Fabre.

Título de la edición original: *Political Evil*  
Traducción del inglés: Ana Herrera

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com  
Círculo de Lectores, S.A.  
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona  
www.circulo.es

Primera edición: febrero 2013

© Alan Wolfe, 2011

Esta traducción ha sido publicada por acuerdo con Alfred A. Knopf, un sello de The Knopf Doubleday Group, división de Random House Inc.

© de la traducción: Ana Herrera, 2013

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2013

© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2013

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Printer Portuguesa  
Edificio Printer, Casais de Mem Martins  
2639-001 Rio de Mouro, Portugal  
Depósito legal: B. 32366-2012  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-13-1  
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5183-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)